

(02069)

Mal día para reaparecer

Desde que cayó lesionado, poco después de haber sido convocado por la selección española sub-19, Piquito tenía guardada la albinegra y arlequinada camiseta de la tercera equipación del Rayo con la que jugara aquel partido del que guardaba triste memoria. Un capricho de López, le habían dicho el día del partido, pero no se quitaba de la cabeza que aquella elástica le había traído mala suerte. Nunca antes había caído lesionado de gravedad, y tras cuatro meses – cuatro meses interminables, ¡cuántas cosas habían pasado en aquellos cuatro meses!– por fin iba a reaparecer; y lo haría en Mospintoles.

La semana había sido tremendamente triste. El martes murió Miguelito, el hermano pequeño que nunca tuvo y que siempre deseó tener, delante de sus propias narices. Fue de improviso, por la negligencia de algún hijo de la gran puta que ahora se escondía detrás de la mesa de algún despacho; el niño estaba vivo, celebrando un gol en un partidillo del barrio, y al momento siguiente yacía muerto, tirado en el patio del instituto; fue todo tan rápido y tan repentino, y tan... violento, que nadie pudo hacer nada por evitarlo; el jueves la ciudad estuvo presente en el funeral y en el entierro llorando al niño, la joya del Rayo.

Piquito quedó impresionado por el color del féretro que amortajaba el cuerpo sin vida de Miguelito: el ataúd era blanco... Un blanco que se clavó en la retina de Piquito. No sabía que había ataúdes blancos. No sabía que a los niños se les entierra en ataúdes blancos... Aquello le dejó un recuerdo imborrable –¡qué raros (y tétricos) son los ataúdes blancos!–. Y el ambiente en la iglesia, y el silencio de las diez mil personas que quisieron arropar a los desconsolados padres que habían perdido a su único hijo por la negligencia de un hijo de la gran puta que ahora se ocultaba en un despacho, ese silencio le sobrecogió el ánimo de forma que tuvo escalofríos durante todo el funeral.

Piquito quiso llevar el féretro hasta el altar, pero en cuanto se agarró a las asas del ataúd se imaginó a Miguelito yaciendo dentro en silencio, sólo, serio, triste... y comenzó a llorar desconsoladamente. Sólo pudo andar unas decenas de metros; tuvieron que relevarle, y lo sacaron por una puerta lateral de la iglesia, hasta una ambulancia que el ayuntamiento había dispuesto allí cerca.

Luego, casi repuesto, quiso entrar en la iglesia, pero no pudo... En aquel recinto no había un alfiler. Se fue hacia la salida, empujando aquí y pidiendo permiso allí... Para nadie en Mospintoles era desconocido, y todo el mundo sabía el vínculo que se había establecido entre Piquito y Miguelito en los últimos meses, desde que comenzara a aparecer por los campos de entrenamiento del Rayo, por lo que en cuanto el veían le dejaban pasar si había hueco, pero en la iglesia era imposible entrar. Llegó a la puerta que daba acceso a la nave principal de la basílica, y desde allí siguió el oficio fúnebre.

Desde ese lugar vio que en las primeras filas estaban sus compañeros del equipo profesional del Rayo, en los bancos de la derecha. Los bancos de la izquierda debían ser los de la familia. A un lado y a otro había fotógrafos. ¡Maldita prensa!, siempre haciendo sangre. Eran tan hijos de puta como el hijo de la gran puta que ahora estaría parapetado tras un despacho y por cuya culpa Miguelito estaba muerto... Y pensó en Susana... Al fin y al cabo los chicos de la prensa sólo querrían hacer su trabajo... porque algún comedor de carroña les había enviado hoy allí. ¿Pero a qué venían tantas fotos? Con un par de ellas hubiera sido más que suficiente... Se excedían...

Algo dijo don Rosendo, el cura, y la gente comenzó a murmurar... y a salir de la iglesia. Cuatro profesionales del Rayo cogieron el féretro... Allí estaba Chili, llorando en silencio, pero más entero de lo que él fue capaz de mantenerse. Y Metzger... El teutón estaba serio... Muy serio... Casi a punto de llorar también... Se escuchaba un sordo rumor que todo lo envolvía, pero no se entendía ninguna frase.

El féretro con los restos mortales del niño salió por el pasillo central hasta el coche fúnebre, donde estaba Piquito... Se miró en los ojos de Chili, y ambos rompieron a llorar... su compañero se giró hacia alguien y le indicó que le ayudara, ocupando su lugar... Chili se le acercó y ambos se abrazaron... Los dos chicos se fundieron en un abrazo, en un estertor... y lloraron a lágrima viva.

El ataúd blanco fue introducido en el coche que llevaría el cadáver de Miguelito hasta el cementerio. Piquito pensó en los padres, y recordó que Aurori, la madre, que trabajaba en la Caja de Ahorros de la Avenida de Toledo, estaba en el hospital, sedada, bajo vigilancia médica... Y pensó en Inmaculada, su madre... ¿Cómo habría reaccionado Inma si él hubiera muerto con doce años? ¿Y cómo reaccionaría si él muriera ahora?

El padre de Miguelito estaba allí, de pie, serio, junto al coche fúnebre, recibiendo las condolencias de muchas personas... A unos daba la mano, con otros se fundía en un abrazo. Llegó López, y aquel otro hombre que nunca se separaba de él en los momentos importantes: Basáñez. Ese hombre tenía la cualidad de estar siempre presente sin que se notara su presencia.

López se abrazó al padre de Miguelito. Fue un abrazo corto. Intercambiaron algunas frases. Piquito quería que todo aquello acabara pronto, pero por otro lado no quería que se llevaran a Miguelito de allí. Le habían recomendado que no fuera al cementerio. Y se ahorró escenas patéticas, como cuando introdujeron el cadáver del niño en el nicho. Entonces el padre se derrumbó, le dijeron. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que todo había acabado, cuando se dio cuenta de que por la negligencia de un hijo de la gran puta nunca más volverían a escuchar la sonrisa de Miguelito en casa... Miguelito nunca

más metería un gol para el Rayo, ni intercambiaría confianzas con Piquito. Miguelito... ya no existía... Y Piquito, cuando pensó en esto, quiso imaginar cómo sería la vida sin Miguelito: cómo sería la vida para los padres sin su hijo, cómo sería la vida en los campos de entrenamiento sin él, cómo sería la vida para él mismo... ¿Cómo jugaría este domingo sabiendo que Miguelito no estaría allí para animarle?: “vas a meter en tu reaparición –le había vaticinado un día Miguelito– y quiero que me dediques el gol... Será como si me pasaras la fuerza que has tenido para superarte y llegar a profesionales”.

En todo esto iba pensando Piquito mientras remaba hacia el centro de la laguna al suroeste de Mospintoles con aquella camiseta de mal agüero entre los pies. Llevaba una bolsa de loneta, y en el suelo de la barca había un par de piedras gruesas que había elegido con cuidado. Cuando estuvo en el centro del lago las introdujo en la bolsa, cerró ésta con la cremallera, y de un fuerte impulso lanzó bolsa, piedras y la camiseta que vestía el día de su lesión a lo más profundo del estanque. Es lo que le había dicho un día a Miguelito que haría antes de reaparecer: “si piensas que la camiseta es la que te ha dado la mala suerte, tienes que deshacerte de ella –le había dicho el niño en una de sus mutuas confianzas–; la tiras al fondo del pantano, para que se hunda. Yo iré contigo, quiero ver como lo haces”. Y cuando Piquito le dijo que podría ser peligroso ir los dos en una barca al centro de la laguna, Miguelito le había respondido: “pues entonces la entierras...”.

Y ahora quien estaba enterrado era Miguelito... Y todo por un hijo de la gran puta que nunca daría la cara. Para haber evitado la muerte de Miguelito solamente hubiera hecho falta que alguien, desde un despacho, hubiera dado la orden de anclar los equipamientos móviles. Pero no existía ninguna obligación de dotar a esos equipamientos de sistemas antivuelco, y en consecuencia nadie era responsable de la muerte de Miguelito... Un accidente, dijeron, cubriéndose unos a otros. Y resulta que todos los años muere algún niño por culpa de vuelcos de porterías, canastas o banquillos móviles. Desde hace muchos años... Y nunca nadie había puesto remedio...

Mientras remaba de vuelta a la orilla recordó que López se había entrevistado con él por la mañana, para hablar de la oportunidad de la reaparición:

—No creo que sea conveniente, Piquito; no en el estado en que te encuentras –había dicho el empresario.

—Yo quiero jugar. Y jugaré –había respondido él, guardándose para sí el resto de la frase: “se lo había prometido a Miguelito”.

—Tu estado anímico no es el más óptimo, Piquito. Creo que debemos aplazar una semana tu reaparición.

—Soy un profesional y jugaré. Os demostraré que soy un profesional y que puedo jugar.

—No se trata de ti, sino del equipo. Si no estás al ciento por ciento, lo mejor será que otro ocupe tu lugar.

—Todo Mospintoles espera verme jugar mañana, señor López. Y jugaré como lo que soy, un profesional. Si el míster no quiere alinearme como titular, lo entenderé, pero en cuanto me calce, estaré listo para jugar el partido más importante de mi vida. El Rayo me debe esta muestra de confianza...

Aquel argumento pareció cambiar el parecer de López. O al menos plantearle algunas dudas.

—Está bien. Tienes mi aprobación. Ahora sólo depende del míster. Creo que tiene pensado hacerte jugar en la segunda mitad. No queremos que te fuerces demasiado.

—Pero comienzo jugando la segunda parte. Vaya como vaya el partido. No quiero jugar los minutos de la basura. Estoy al ciento por ciento, como dice usted.

—Habla con el míster. Sabes que nunca me inmiscuyo en las alineaciones, ni para una cosa ni para otra. Pero te doy mi palabra de que también hablaré con el entrenador sobre este particular. Piensa que después de esta semana toda España estará mirándote, y quieren ver que vuelvas por la puerta grande. Un minuto de flaqueza y sólo te ganarás la lástima del público. Y el público no perdona a los débiles, Piquito.

—Soy fuerte, y lo demostraré en el campo, señor López. En mi vida privada puedo estar hecho polvo, pero como dicen los actores, el espectáculo debe continuar. Y volveré a dar espectáculo. Se lo prometo.

* * * * *

El día del partido Piquito se despertó tranquilo. Era el domingo de resurrección... toda una ironía que Piquito no captaría al no practicar ninguna religión. El chaval ni siquiera sabía que en su indiferencia era agnóstico.

Se levantó en calzoncillos, fue al váter a orinar, y dejó que las últimas gotas de la micción cayeran fuera de la taza. Como siempre... Parecía que la normalidad había vuelto a su vida, aunque él sabía que no era así. Le invadía un vacío que no le permitía sentirse "normal".

Decidió no pensar en ello, y durante todo el día estuvo concentrado en lo que hacía. Se notaba extraño empacando las cosas para el partido, pero era lógico: habían pasado cuatro meses desde que aquel animal le lesionara. Se había perdido casi media liga... restaban sólo cuatro partidos para jugar la vuelta contra el rival que le lesionó tan gravemente, pero no guardaba ninguna animadversión hacia el tipo que le hizo aquella entrada tan dura. O eso creía. Ya veríamos qué ocurría en ese partido, también en Mospintoles. De momento había que jugar el de hoy.

Se reunió con el resto del equipo en las inmediaciones del estadio. El autobús les llevó al hotel donde se concentraban para los partidos que jugaban en casa. Tenían allí un gran patio ajardinado donde pasear e incluso ejercitarse con

algunos toques de balón. Había muchas caras serias, y Piquito decidió no pensar en el motivo.

Hablaron, charlaron, pero no hubo bromas. Acabaron de comer sobre la una de la tarde y se echaron en las habitaciones reservadas por el Rayo para reposar. Algunos dormitaron, otros leyeron alguna revista, alguno jugó a la Play y hasta hubo quien roncó... A las tres y media se reunieron para dirigirse al estadio; alguien propuso ir andando, ya que estaban a poco más de un kilómetro y hacía buen tiempo. El equipo caminaba en fila de a dos, iban silenciosos...

Una vez en el vestuario cada cual siguió sus rutinas. Luego salieron a calentar al campo. Empezaba a haber gente, y fueron recibidos con tibios aplausos. No hubo ningún griterío en las gradas.

Volvieron al vestuario y como tenían por costumbre, rezaron bajo la dirección de don Rosendo, el capellán del equipo. Piquito lo conocía del instituto, donde impartía clases de religión, y cuando terminaron el rezo pensó que en el último partido que jugó este rito no le sirvió para nada... Eran las tradiciones del equipo... y las tradiciones estaban para romperlas, le había dicho en nochebuena a su abuelo.

Piquito no profesaba ninguna religión... es más, tenía una idea muy vaga de qué eran para qué servían. Inmaculada había conseguido que su hijo tuviera una mente virgen en materia religiosa, cosa nada fácil en esta España resacosa de la noche toledana que duró cuarenta años.

El equipo titular saltó al campo con brazaletes negros que significaban el luto, el dolor y el pesar por la reciente muerte de Miguelito y se llevó a cabo la consabida ceremonia de costumbre: se alineó un equipo a cada lado de la raya de cal que separa los hemicampos, se respetó un minuto de silencio en memoria de Miguelito, se saludaron y se dispersaron. Piquito estaba en el banquillo, ausente, como quien asiste a todo esto de lejos. Tampoco era su lugar habitual. Le gustaría jugar, pero la decisión final la tenía el míster, que no le había dicho nada.

Comenzó el encuentro y las gradas se fueron caldeando poco a poco. Cualquier espectador ajeno al reciente drama vivido en Mospintoles hubiera notado escasa entrega en los jugadores del Rayo... incluso en sus rivales. Pero pasados los primeros cinco minutos el partido ganó en intensidad.

El Rayo controlaba el partido, pero su rival se mostraba más peligroso en los contraataques, habiendo obligado al portero local a emplearse a fondo en dos o tres ocasiones, en una de ellas cuando ya se lamentaba el gol visitante.

Pasada de largo la media hora de juego el rival marcó a la salida de un saque de esquina, previa falta a Metzger que el árbitro no vio. La parroquia se mostró

enojada, y la pita fue tremenda. La bronca duró varios minutos, incluso tras algún ataque del Rayo. Era como si el público estuviera esperando una disculpa para mostrar su enojo, su impotencia por lo sucedido durante la semana.

La policía tomó posiciones en el exterior del campo y los antidisturbios, la UIP acuartelada al norte de Mospintoles, fueron avisados en previsión de que hubiera una invasión del campo, tal fue la magnitud de la protesta. Saben muy bien los psicólogos sociales como se comportan las masas sometidas a presión cuando encuentran una válvula de escape. El árbitro, que estaba avisado previamente de esta probabilidad, no descontó ningún minuto en la primera parte y el descanso del partido llegó como un bálsamo. No obstante el colegiado tuvo que oír de todo cuando se retiró a la caseta, aunque debe resaltarse que ni un solo objeto cayó al campo. Quizá sea que las masas, afectadas por su dolor, también saben comportarse sin traspasar los límites de lo que es socialmente aceptable.

En el descanso el míster corrigió algunas posiciones y envió a Piquito a calentar al campo antes de que saliera el grueso del plantel. El fisio del equipo se fue con el chaval para ayudarlo en el calentamiento, con algún spray “milagroso” y masajes. No se trataba sólo de la lesión, sino de semanas de inactividad al más alto nivel de exigencia.

Pero Piquito no comenzó en el once titular la segunda parte, y se sintió frustrado: “no quiero jugar los minutos de la basura”, le había dicho a López el día anterior. Sacaba el Rayo de medio campo y echaron el balón directamente fuera por la línea de fondo para que pidieran el cambio, lo que había sido hablado en el vestuario mientras Piquito calentaba. Y el míster logró su objetivo: el público recibió con una ovación de gala al canterano que hizo poner la piel de gallina a más de uno; incluso los rivales aplaudieron. Piquito se fue hacia el medio campo con los brazos en alto, aplaudiendo la acogida del respetable, y todos los compañeros fueron a saludarle; el árbitro permitió que todo este ceremonial sabedor de lo que todo esto significaba para el acervo local. El minuto perdido en la sustitución no se recuperaría e iba a la cuenta del Rayo que perdía uno a cero.

Las primeras sensaciones de la figura futbolística de Mospintoles no fueron nada extrañas en contra de lo que el propio Piquito hubiera esperado. Cuando le llegó el primer balón, que controló, encaró a su marcador sin ningún miedo ni resquemor a otra mala entrada. Intentó sortear al rival, pero salió tropicado y hubo de pasar a un compañero, que recibió un pase defectuoso. Esta primera intervención fue aplaudida por el público.

Pero el tiempo pasaba y el Rayo iba por debajo en el marcador; no acababan de materializar el dominio; el rival se había cerrado muy bien atrás y prácticamente había renunciado al ataque. El partido se volvió espeso, trabado.

Se superó la media hora de juego de esta segunda mitad sin que la cosa cambiase. Incluso el público había caído en una especie de sopor.

Poco después Piquito cabeceó un balón largo dentro del área que el portero rechazó a duras penas, cayendo la bola a los pies del propio Piquito, que no tuvo más que empujarla a las mallas. ¡Gol!, cantó el estadio, pero nuestro amigo salió al trote hacia una de las bandas con la cabeza baja, y dejándose caer de rodillas, con lágrimas en los ojos, juntó las manos a la altura de su cara y elevó la vista al cielo. Los compañeros respetaron ese momento, y no le mostraron sus muestras de apoyo hasta que el chaval se puso en pie.

La ovación, sorda y continuada, se dejó sentir como un murmullo, como un eco, como un homenaje al niño desaparecido: “Marcarás el día de tu reaparición y quiero que me lo dediques”, le había dicho Miguelito hacía unas pocas semanas. Y así fue. Sólo que Miguelito ya no estaba allí para recoger ningún testigo.

El partido concluyó en empate, sin más ocasiones. Era como si todos tuvieran ganas de terminar cuanto antes, como si todos hubieran renunciado a conseguir más goles, como si todos dieran por justo el resultado, como si nadie quisiera borrar la huella que había dejado el gesto de Piquito en el ánimo de los presentes.

Al final del partido hubo aplausos para todos, incluso para el árbitro, que apenas había cometido errores. Quizá haya sido el partido más emotivo que haya jugado Piquito en su corta carrera como profesional, aunque a buen seguro le esperan nuevas emociones en un futuro que todos auguran cargado de éxitos... Si las lesiones le respetan, claro.